

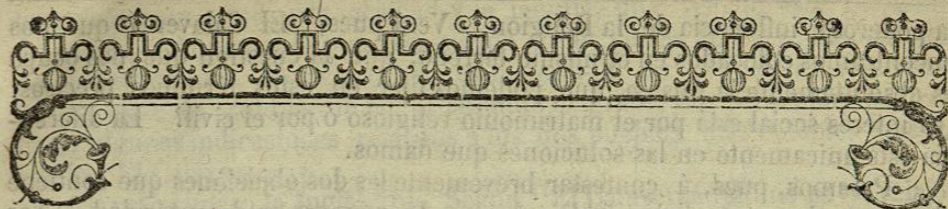
lo que el gobierno de ese Soberano tiene que ser, dicen lo que es contra todas las calumnias cínicas y sistemáticas de los impíos. La verdad pura es que ningun pueblo en el mundo se ve tan libre, tan respetado por sus gefes, tan feliz como el pueblo romano. En los Estados de la Iglesia nadie se ve fatalmente destinado á la ignorancia, nadie se muere fatalmente de hambre, nadie se queda fatalmente entregado á la corrupcion, nadie se halla arrastrado fatalmente á la perdicion eterna.

Mientras como hemos dicho, se entregaba á este fecundo trabajo el rey temporal, Pio IX, el Pontífice Pastor de la Iglesia desarrollaba aun mas brillantemente su soberanía espiritual. No puede hablarse tampoco aquí de su solicitud extendida hasta los últimos límites de la tierra sobre los grupos mas ínfimos, mas aislados del rebaño de Jesucristo, ni del acrecentamiento dado á la propaganda, ni de las encíclicas frecuentemente dirigidas á los obispos, ni de las reformas particulares realizadas en el clero romano, ni de la gerarquía católica resta blecida en Inglaterra y en Holanda, hechos de inmensa importancia, ni en fin, de los concordatos concertados con diversos gobiernos; pues es preciso, por lo menos, hacer mencion del acontecimiento religioso mas importante de los tiempos modernos de la definicion y proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen Maria, realizada en los años de la vida de Pio IX. Desde los primeros tiempos de su Pontificado, Pio IX habia querido rendir este homenaje á la Madre de Dios; y cuando se hallaba refugiado en Gaeta, pidió á los obispos de la cristiandad que recogieran en toda ella la tradicion. La respuesta de los obispos unánime en cuanto á la creencia, apenas ofrecia algunos disentimientos en cuanto á la oportunidad. Terminado ya este trabajo en 1854, Pio IX convocó á gran número de prelados á Roma, y á presencia suya, en la Basilica Vaticana, declaró que «la doctrina que afirma que la Bienaventurada Virgen Maria fué libertada de toda mancha de pecado original desde el instante de su Concepcion por los méritos de Jesucristo, Salvador de los hombres, es una doctrina revelada por Dios, y que todos los fieles por este motivo deben creer con confianza y constancia».

La necedad filosófica de nuestra época, necedad que nace de su ignorancia de la teología, apenas comprendió este grande acto; tan grande, que en el fondo y en la forma, al proclamar esta verdad, Pio IX hirió de muerte dos grandes errores. En el fondo, porque la afirmacion del pecado original echaba por tierra todos los sistemas que tienden á la deificacion del hombre, estableciendo la verdad de su caída, la realidad de su miseria y la necesidad de la redencion y de la gracia. En la forma, porque el Papa, al obrar por sí mismo en un acto de esta gravedad, y al decidirlo solo, sin intervencion de ningun concilio y á presencia de toda la Iglesia obediente, atestigua con la mayor elocuencia que es la de los hechos de sus predecesores su pleno poder.

Pio IX, como él mismo lo ha dicho, no tiene ningun conocimiento de la política humana; pero cree en su derecho, suplica á Dios que inspire su fé, su justicia y su corazon, y siguiendo esas inspiraciones que Dios le concede, Pio IX triunfa del mundo.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 18 DE 1863.



EL MATRIMONIO CIVIL.

Artículo 3º. en contestacion al 1º. de «El Calavera» sobre la misma materia.

«El Calavera» de Aguascalientes ha empezado á ocuparse de nuestros artículos sobre el matrimonio civil; pero segun nos asegura, seguimos distintos rumbos, pues nosotros hemos considerado el asunto bajo su aspecto católico, y nuestro colega no lo mira sino bajo el aspecto social: considerado el matrimonio civil del primer modo, nada tendria que objetar, porque es deber de los creyentes que pertenecen á la Iglesia católica, ser consecuentes á sus principios y á la doctrina que profesan..... En ese terreno no entrará en la cuestion porque indudablemente, si tal hiciera, saldria vencido. Así «El Calavera.»

Hablando con toda franqueza, no encontramos la razon por qué haya creído nuestro colega que nosotros quisimos considerar el matrimonio civil solo en sus relaciones con la Religion católica que nos gloriamos de profesar, y haciendo abstraccion de las que tenga con la sociedad, cuando precisamente lo que nos propusimos discutir, fué si el grande interés que tiene la sociedad en el matrimonio, exige que se le conserve el carácter religioso que ha tenido hasta aqui, ó si por el contrario, puede permitir ese mismo interés social que se le convierta en un contrato puramente profano, en que la intervencion religiosa sea, no solo accesoria ó accidental, sino hasta de ninguna consideracion. Basta la simple lectura de los artículos que llevamos publicados, para convencerse de que no fué otro nuestro objeto; que no miramos el matrimonio sino como el primer elemento constitutivo de la sociedad doméstica y civil, y que nuestros raciocinios tienen por legitima consecuencia que ambas sociedades exigen imperiosamente que jamas se le sustraiga de

la poderosa influencia de la Religion. Verá pues, "El Calavera" que nos encontramos colocados en el mismo terreno; que la cuestion que nos ocupa es absolutamente la misma, que podemos fijar en estos términos precisos: ¿El interés social está por el matrimonio religioso ó por el civil? La diferencia está únicamente en las soluciones que damos.

Pasamos, pues, á contestar brevemente las dos objeciones que contiene el artículo de nuestro apreciable colega. La primera es de autoridad. Nos refiere que el matrimonio civil se halla establecido por las leyes de los pueblos mas cultos y mejor gobernados. La Cerdeña, la Bélgica, la Holanda, la Inglaterra, la Francia, la China (que por cierto no debe contarse entre los pueblos cultos) etc., observan el matrimonio civil, lo cual, añade "El Calavera, *bastará para probarnos que lejos de ser reprobado (este matrimonio) por la moral y las buenas costumbres, los pueblos mas ilustrados y mejor regidos lo observan, sin que por esto la sociedad se relaje, ni los vínculos conyugales dejen de ser eficaces para asegurar la paz y la felicidad de las familias.*

Muy poca influencia pueden ejercer esta clase de argumentos en quienes como nosotros jamas hayan acostumbrado inclinar humildemente la cabeza al oír los nombres de los pueblos europeos, ni dar por resuelta una cosa, solo porque se ha visto en Paris ó en Londres; en quienes como nosotros tengan la debida estimacion de su inteligencia y se crean capaces de pensar por sí mismos en los asuntos que les interesan, rechazando el *Magister dixit* que hasta sin sentirlo se les escapa á algunos tan luego como se les impone con una opinion ó una práctica europea; en quienes tengan la misma persuasion que se encuentra en nosotros, de que no está todo lo bueno en Europa y todo lo malo en América, y que si bien los hombres del viejo mundo nos son superiores en unas cosas, por nuestra parte les aventajamos y muy considerablemente en otras; de donde resulta que se necesita mucha critica para distinguir en las importaciones europeas el verdadero bien del mal con que vienen á desorganizar á nuestra sociedad, y que nada puede haber mas absurdo que aceptar todo lo europeo por el solo título de serlo.

Con estos antecedentes no necesitará nuestro colega oír de nuestros labios la respuesta de su argumento: cree que el solo hecho de habernos citado naciones de allende los mares *basta para probarnos* que nada hay de inconveniente en el matrimonio civil. ¡Con qué la sola práctica de esas naciones *basta para probar* que es excelente lo que practican!..... Suplicamos á "El Calavera" que recuerde lo que en buena filosofia se entiende por probar una cosa. No pongamos en miserable esclavitud nuestra inteligencia.

Nosotros lo que encontramos en las relaciones de nuestro colega, es que el mal que se ha querido introducir en México, ha invadido ya con anterioridad á varios pueblos del viejo mundo, de donde ha pasado á nosotros por el malhadado prurito de imitar todo lo extranjero. Pero bien: si segun nos asegura "El Calavera," el matrimonio civil se ha practicado sin que se *relaje la sociedad, y sin que los vínculos conyugales dejen de ser eficaces para asegurar la paz y la felicidad de las familias, ¿cómo nos atrevemos nosotros á reprobalo?* ¡Oh! si fuera cierto lo que asegura "El Ca-

lavera"! Pero nosotros no podemos encontrar á donde haya ocurrido nuestro colega para estudiar la sociedad y la familia, una vez que está persuadido de que ni la una ni la otra han sufrido en los países donde se ha degradado el matrimonio. Por cierto, no es materia de un artículo el internarse en esta clase de estudios de por sí bastante extensos; nos contentaremos con hacer algunas indicaciones relativas á los dos pueblos mas notables que ha citado "El Calavera."

Sea el primero la Inglaterra. Segun "El Calavera" allí no se ha relajado la sociedad, y las familias viven en paz y son felices. ¿Cómo puede ser que unos escritores liberales no descubran la relajacion de la sociedad en el país clásico de la dureza de costumbres, de la orgullosa aristocrácia sin sentimientos de humanidad, del monopolio de la riqueza en poquísimas manos, de los millares de suicidios, y donde las masas del pueblo yacen en el embrutecimiento y en una miseria tal, que multitud de personas perecen de hambre, mientras se acumulan los tesoros en los soberbios palacios de los ricos que miran sin piedad los sufrimientos horribles de un pueblo inmenso, cuyos trabajos explotan hasta aniquilar las fuerzas y la salud de sus individuos, y hasta hacer que la mitad de las defunciones sucedan de los veinte á los cuarenta años á consecuencia de las afecciones de los órganos de la respiracion que tienen lugar en los duros trabajos de las fábricas en que está sepultada en vida la clase trabajadora? [1] ¿Será posible que "El Calavera" no descubra relajacion en la sociedad que adolece de todos estos vicios? Por nuestra parte protestamos que nos hallamos mas contentos con lo que se llama nuestra barbarie, y que no apeteceríamos el asemejarnos á la sociedad inglesa, aun cuando en compensacion se nos ofreciera presenciar en nuestras ciudades el sorprendente espectáculo de las *cordilleras de palacios*.

Pero pasemos de la sociedad á la familia, y no ya á la que tiene su origen en las mujeres de mala vida que en la sola ciudad de Londres hacen una multitud de millares, ocupémonos solamente de la que lo tiene en el matrimonio. ¿Qué significa esa enorme proporcion entre los casados y los divorciados? La estadística publicada en el *Night Side of London*, nos hace saber que entre 399,098 hombres casados, se tenían 28,598 maridos separados de sus mujeres y entre 409,731 mujeres casadas se tenían 39,231 que vivian separadas de sus maridos, solo en la ciudad de Londres. ¿Qué significan los casos de bigamia tan frecuentes en Inglaterra, que segun dice Margotti, en Londres, sin contar la *City*, llegaban hasta 28 en un año, habiéndose aun dado el caso de hallarse un hombre casado con cuatro mujeres á un mismo tiempo? Y los malos tratamientos que segun dice el autor antes citado refiriéndose á las noticias de los periódicos, casi todas las mujeres tenían que sufrir de sus maridos; y esa especie de ventas de los hijos, á quienes sus propios padres llevan al mercado para entregarlos por una miserable cantidad á los que buscan niños para ponerlos al trabajo; y

(1) Consta por la Estadística publicada en el *Night Side of London*.

los infanticidios que se cuentan tambien por millares, siendo por término medio 10000 al año: ¿todas estas cosas serán paz y felicidad en la familia inglesa? No sabemos como podrá llamarse feliz y pacífica la familia de un país donde se observan unos males de tanta cuantía; sin duda que la familia mexicana nada tiene que envidiar á la de la nacion que allá en el viejo mundo tiene pretensiones de ser la mas culta y liberal.

Pero aun nos resta una observacion. En Inglaterra aun no pueden experimentarse los efectos del matrimonio puramente civil. La iglesia anglicana al separarse del gremio del Catolicismo, quiso conservar al matrimonio algun carácter religioso, de que hasta ahora no ha sido despojado sino en parte. Para asegurar este hecho nos basta el testimonio del mismo "Calavera" que en el artículo que refutamos nos dice que son cuatro los modos de celebrar el matrimonio reconocidos por la ley: "1.º con licencia del arzobispo ó de su vicario, segun el rito de la iglesia anglicana; 2.º por amonestaciones con arreglo al mismo rito; 3.º por certificados sin amonestaciones; 4.º en cualquier lugar de culto religioso autorizado ó en la oficina de un superintendente del registro civil." Nos abstenemos de entrar en discusiones sobre lo determinado por las leyes inglesas, una vez que tenemos por la confesion de nuestro adversario que el matrimonio puramente civil no es dominante en Inglaterra, y por consecuencia, que en aquel pueblo aun no se ha arraigado la idea de que el contrato de que depende originariamente la dicha de la humana sociedad, sea algo puramente profano en que nada interesa la intervencion religiosa. Mas la religion por falsa y errada que sea, lleva siempre inmensas ventajas á la negacion absoluta de toda religion; si pues todavía conservando el matrimonio algun tinte religioso, cuando aun subsiste la idea de que debe intervenir el cielo en la union de los que lo contraen, se observan ya tan tristes resultados en el gran país de la cultura protestante europea, ¿qué podria esperarse para el dia en que llegara á prevalecer la persuasion de que nada hay de santo en el enlace de los esposos, y que la adquisicion mutua de los derechos del uno en el otro no se eleva sobre la esfera de las compras de ganado, que pueden llevarse á efecto conforme á las prescripciones y formalidades de las leyes puramente humanas?

Digamos una palabra sobre la Francia. Esta nacion ha tenido la dicha respecto de la Inglaterra, de haber conservado el Catolicismo en su gran mayoría: las reformas filosóficas pudieron conmovierla, causar grandes estragos en su moralidad; pero habiéndoseles sobrepuesto el principio salvador la sociedad y la familia, no pudieron lanzar á estas hasta la degradacion y corrupcion en que yacen entre sus vecinos protestantes. En la Francia está decretado el matrimonio civil: es cierto; ¿pero así como está escrito en el papel, lo está tambien en el corazón de los pueblos? No es tan fácil desarraigar convicciones profundas y hábitos que cuentan con el pasado de muchos siglos: ante el magistrado el matrimonio será lo que se quiera; pero á los ojos del católico es el sacramento grande que representa la union de Jesucristo con la Iglesia: el magistrado dirá que junta á los esposos á nombre del Estado ó de la manera que mejor le parezca; pero todo católico sabe que su union no puede reconocer por autor sino solo á Dios: *Deus conjunxit*; estas palabras

del Evangelio ejercen en su conciencia una influencia poderosa, sosteniendo el único elemento de orden y de moralidad que salva á la familia y á la sociedad de la ruina inevitable á que la llevaria la secularizacion del matrimonio. Por consiguiente, si el matrimonio civil no puede estudiarse en la Inglaterra, porque á pesar del desquiciamiento de la sociedad todavía ha conservado algun tinte de religion en el seno mismo del protestantismo, mucho menos puede estudiarse en Francia, donde la única religion verdadera ha podido hacer frente de una manera mucho mas eficaz á la degradacion de las ideas y de los sentimientos consiguiente á una institucion que viene á herir el corazón mismo de la sociedad. Y si hemos de hablar en rigor, los funestos resultados del matrimonio civil no pueden estudiarse experimentalmente en ningun pueblo que conserve una creencia cualquiera, sea verdadera ó falsa, y que al mismo tiempo tenga la persuasion de que en sus enlaces matrimoniales es necesario que intervenga la religion para ennoblecerlos y santificarlos; porque es evidentísimo que mientras esto se verifique, la religion es quien está ejerciendo la mas considerable influencia en todo cuanto se encuentre de verdadero honor, de respeto, de amor y de fidelidad en las relaciones de la familia. ¿Dónde pues, debiéramos estudiar el matrimonio civil? Allí donde él no fuera solo una fórmula de ley, sino una conviccion y un sentimiento; es decir, en el pueblo que no tuviera creencias ó que aun cuando las tuviera, llegara á persuadirse que nada tenian que hacer con sus matrimonios; que estos constituian un asunto puramente temporal, puramente terreno y profano, en que no tenia que oír otra voz mas autorizada que la del magistrado civil, cuya mira fueran los pasajeros intereses de la tierra. Afortunadamente aun no existe ese pueblo; y por lo mismo, en la deplorable institucion de los matrimonios civiles solo podemos observar experimentalmente las tendencias y el principio de los males, cuyo término fatal acaso es peor de todo lo que alcanzan nuestras investigaciones.

La familia francesa, sin embargo, no ha dejado de resentirse de las teorías y prácticas anti-cristianas y de los funestos efectos que ellas producen en las costumbres. ¿Quién ignora la gran parte que tiene el interes en muchos matrimonios de las altas clases de la sociedad? "Hoy la mujer, dice un escritor francés, ha perdido toda su dignidad cristiana en una clase numerosísima de la sociedad: el hombre no se casa con ella, la compra. . . . En los mas de los matrimonios se encontrarán, si se examinan de cerca, no unos corazones que se unen para ennoblecerse santificándose, sino tierras y doblones que se juntan para fructificar. . . . Antiguamente el sacerdote hacia los matrimonios; hoy los hace el notario. No hay cosa mas justa: el ministro de Dios no autoriza contratos mercantiles." Y si á las miras de interes que presiden frecuentemente al matrimonio, añadimos el lujo y la corrupcion que tan desmedidamente se desarrollan en esa gran capital, fomentados por la multitud de teatros, bailes y toda clase de diversiones que por cierto no son los mas seguros asilos de la modestia y de la honestidad, y donde se pierden tambien infinidad de jóvenes, ¿quién podrá decir que la familia se encuentre en un estado brillante? El número de niños expuestos se ha contado por miles en Paris: y el aborto ó el infanticidio llega tambien á notables

cantidades, aumentándose notablemente cuando el gobierno adoptó la errada medida de quitar los tornos de las casas de expósitos. "El número de niños nacidos muertos, que anualmente no subía en París mas que á 1700 por término medio, ha llegado á 2200 desde que se quitaron los tornos; así es que por economizar gastos, se hacen cada año quinientas víctimas mas." Así habla un escritor citando los datos estadísticos.

¿Y qué diremos de las clases pobres? El pueblo parisiense, ese pueblo á qué se dá el nombre de industrioso, ¿qué viene á ser en sus ínfimas clases sino una colección de miserables á propósito para explotar las riquezas en favor de los acomodados? Damos lugar á las siguientes descripciones que hace M. de Villeneuve en 1840. (1)

"La degradacion de la familia, el envilecimiento de la mujer y la esclavitud del niño, dice M. de Villeneuve, son las consecuencias inevitables y de mucho tiempo previstas de la aplicacion de los sistemas modernos de economía política que han adulterado el verdadero objeto y el destino social del trabajo y de la industria. En la teoría de esta ciencia, producto del filosofismo del último siglo, la producción de la riqueza y los goces que proporciona, forman el objeto principal de las sociedades: los hombres no se aprecian sino como agentes mas ó menos activos de aquella producción. Todas las consideraciones de religion, de moral y de humanidad se apartan ó se descuidan si no como perjudiciales, á lo menos como indiferentes ú ociosas. Está abolida la antigua alianza del trabajo y de las virtudes cristianas, y solo se admite la moral de los intereses, porque ella sola es provechosa. Tales son los dogmas de esta nueva religion consagrada al culto de los intereses materiales.

"Sin duda hay algunas fábricas en Francia donde una providencia paternal ha cuidado de velar por la suerte de las familias de trabajadores; pero esas son honrosas excepciones. En las mas de las fábricas parte de los operarios extenuados por un trabajo excesivo que apenas les proporciona el sustento suficiente, y sin tener un instante que consagrar á la instruccion moral, cuya utilidad no conocen siquiera, están reducidos toda la semana al estado de una máquina, y los dias de descanso se entregan á bestiales francachelas como para huir del conocimiento de su fatal destino. Nadie alivia su miseria sino la caridad cristiana siempre vigilante; pero los recursos de la caridad no son inagotables. Y cuando las enfermedades y la vejez sobrevienen á esos seres desamparados, no tienen otros recursos que los hospicios, contándose por dichosos si hallan una plaza siempre envidiada y disputada. Así, en la imposibilidad de sufragar á las necesidades de sus familias, sin ahorros, sin prevision, sin esperanza ni aun religiosa, despojados poco á poco de los sentimientos mas dulces y enérgicos del alma por el extremo de la miseria, se han visto impelidos á abusar de las fuerzas de sus hijos por buscar un miserable aumento de jornal ó con qué conservar su deplorable embrutecimiento.

"Así en las fábricas donde principalmente se necesitan niños cuyos mo-

(1) Sesión de 23 de diciembre de 1840.

vimientos son mas ágiles y delicados, se ven pequeñuelos de seis á ocho años (que tal vez sin eso hubieran sido abandonados ó entregados á la vagancia) trabajando diez y seis ó diez y siete horas en los talleres, donde están encerrados trece horas por lo menos en la misma pieza sin mudar de puesto ni de actitud y en medio de una temperatura muy alta. Estas pobres criaturas mal vestidas y alimentadas, habitando aposentos lóbregos y fríos, tienen á veces que andar á las cinco de la mañana la larga distancia de su casa á los talleres; y este camino repetido por la noche acaba de consumir sus pocas fuerzas. ¿Cómo han de resistir á esta especie de tormento los infelices que apenas pueden gustar algunas horas de sueño? Así es que este prolongado suplicio de todos los dias destruye su constitucion ya muy débil por herencia y prepara á los que sobreviven una existencia dolorosa y desdichada.

"Y quizá no es en los talleres muy poblados donde se ha hecho mas fatal el exceso de trabajo de los niños. Ya se ha dicho que en las grandes ciudades industriales hay muchos talleres solitarios en que se ocupan algunas familias pobres. Aquí es desmedida la duracion del trabajo: el operario y los niños que emplea trabajan habitualmente diez y siete y á veces diez y ocho horas al dia. El trabajo se alarga mas á proporcion de la baja del jornal, y no se hace en piezas espaciosas y ventiladas (como lo son las mas de los talleres de las grandes fábricas,) sino en habitaciones estrechas, bajas, con mala luz, muchas veces húmedas, entre emanaciones nocivas, en una palabra condicionadas del modo mas perjudicial para el desarrollo físico de los niños.

"¿Qué se encuentra en ciertos varrios de la ciudad entre otros los de Saint-Avoye y S. Martin, de la montaña de Sta. Genoveva, del arrabal de S. Marcelo y de la ciudad antigua? Unos arroyos infectos que acarrear todas las inundicias de las fábricas y talleres establecidos en ellos; unas tapias que respiran tristeza, humedad y podredumbre; unos corredores sombríos y helados, unos chiribitiles siete veces sobrepuestos donde hormiguean unos artesanos pálidos y extenuados; y vapores nauseabundos que se exhalan de todas partes, de las cuevas donde fabrican vinos adulterados, y de los pisos bajos donde hierve el tinte de las sombrererías; verdaderas termas de la peste, del cólera y del tifo, en donde los miasmas están saturados de moléculas químicas que vician el aire, corroen los pulmones y secan á los desgraciados que los respiran de dia y de noche.

"Así ¿cuál es la poblacion de una parte de esos barrios? Una casta ruin de méndigos, ebrios y traperos, degradados por los vicios, saturados de alcohol y comidos de miseria y de asquerosas enfermedades, unos jóvenes degradados, *cretinos* innobles, pero groseros y depravados, que solo tienen de la especie humana la malicia y las torpes inclinaciones.

"Si se quiere desvanecer toda duda acerca de la existencia del *cretinismo* en una parte del pueblo bajo de la capital, examínense seriamente las entradas de enfermos en los hospitales de París. Desde 1825 vienen aumentándose: en 1837 entraron cuatro mil setecientos ochenta y un individuos mas que en 1836; y por fin ha llegado el número á setenta y seis mil ochocientos ochenta y siete.

“La proporción de la mortandad, que en 1836 era de uno por cada once mil ciento ochenta y seis enfermos, en 1837 fué de uno por cada mil ciento cinco, y en el hospital de los niños abandonados ha sido la mortandad mas espantosa: poco hace era de uno por cada trescientos sesenta y seis: tan pocas esperanzas de vida ofrecen en los establecimientos donde son recogidos, esas infelices criaturas, saturadas de infeccion y de gérmenes mórbosos.

“Así es que á no haber visto de cerca á los niños indigentes de Paris no puede juzgarse en su justo valor toda la trascendencia del mal, que compromete por decirlo así la especie entera. Un sabio doctor que asiste á una porción de raquíticos, escrofulosos y tísicos, posee bien tristes documentos sobre esta materia. La tisis mas que todo excita su solicitud, y todos los años comprueba los progresos destructivos de tan cruel afección. Ha calculado que antes de poco tiempo, siendo incontestable la progresion hereditaria indefectiblemente estarán sujetos á su influencia las dos terceras partes de los individuos pobres en el noveno distrito.”

Basten estas ligeras pinceladas sobre un asunto que por si solo daria materia para una obra. Nos hemos reducido á los pueblos que figuran como mas cultos entre todos los que nos ha citado “El Calavera:” las pinturas no han sido de lo mas alagueño, y no hay duda que nuestra modesta sociedad tiene mucho mas de moralidad y de bienestar que la de otras naciones afamadas. Esta es la verdad: sabemos que no agrada á muchos; pero tambien es cierto que la verdad no se conforma siempre con los deseos. Quisieramos de buena gana que todos los que pretenden civilizarnos á la europea, al estudiar aquellas sociedades, no se dejarán deslumbrar por las fachadas de los palacios ni aturdir por el ruido de las fábricas; que supieran sobreponerse á estas impresiones para descubrir con una observacion verdaderamente filosófica la gangrena que corroe al cuerpo moral de las mismas sociedades á pesar de todo el aparato exterior con que fascinan los ojos y distraen la atencion de muchos para que no estudien los males que las aquejan y que tomarian mayores y mayores proporciones con el trascurso de los tiempos, sino se acudiera de nuevo á la única tabla de salvacion que ha quedado al mundo despues de su naufragio, que es el Catolicismo. El progresa en Inglaterra; en Francia domina y cada día adquiere mas fuerza y vigor: el curará los males que deploran esas naciones.

Hemos dicho que no está en la Europa todo lo bueno y en la América todo lo malo; que hay cosas en que llevamos ventajas considerables á los europeos, siendo una de las principales el fondo de moralidad de nuestro pueblo y un mayor grado de bienestar general de que distan mucho las naciones del viejo mundo que se citan siempre como las primeras en la civilizacion. No negamos ni á los hombres ni á los pueblos de la Europa el mérito en todo lo que verdaderamente lo tienen; pero tampoco permitiremos que se le niegue á nuestra patria en todas aquellas cosas en que reconocérselo es una rigurosa justicia. ¿Por qué nada ha de considerarse bueno de todo lo que es propiamente hablando mexicano? ¿Por qué en todo y por todo se nos ha de vaciar en moldes europeos, trasladando á nuestro país sin critica ni discrecion ideas, usos, instituciones, que mal concuerdan con nuestro carácter; pero que se levantan hasta el cielo con desmedidas alavanzas solo porque vienen

del otro lado de los mares, sin atender á que allá mismo han causado un gravísimo mal y que entre nosotros acaso lo producirán mayor? ¡Oh! cuan perjudicial ha sido y será todavia para nuestra desgraciada patria la manía de admirar é imitar todo lo extranjero!

Ahora, es incuestionable que uno de los grandes elementos de moralidad que ha poseído la sociedad mexicana, es el elevado concepto en que ha tenido al matrimonio y su perfecto arreglo por unas leyes en que aun cuando se prescindiera de la luz del cielo con que creemos los católicos que cuenta la Iglesia, nadie podria negarles la inmensa ventaja de ser el resultado de la experiencia ensayada en el mundo y por el prolongado espacio de diez y ocho siglos y medio: leyes que por otra parte, han adquirido un pleno dominio en la conciencia y en las costumbres y cuyas prescripciones, como dijimos en nuestro primer artículo, forman una parte bien interesante de la moral pública y privada. No comprendemos, absolutamente no comprendemos, que ventajas puedan venir á nuestra sociedad de introducir el desorden en lo que estaba mejor arreglado, y degradar lo que siempre habia sido altamente respetable. ¿Ganará la sociedad creyendo que no es santo el matrimonio? ¿Los casados serán entonces mas fieles á sus deberes, la mujer mas obsequiosa con su marido, éste mas amable con su mujer, los padres mas cariñosos con sus hijos y estos mas obedientes y respetuosos hácia los que les dieron el ser? Nadie puede persuadirse. Si á pesar de la fuerza divina de la religion todavia en multitud de casos se sobreponen las pasiones, ¿qué ha de conseguir el pobre funcionario civil con su lenguaje de intereses puramente terrenales y su pequeño poder temporal? ¿Y qué gana nuestra sociedad con la supresion de impedimentos matrimoniales? ¿qué con la sustitucion de las leyes de la Iglesia por las disposiciones variables, incesantemente variables de la autoridad civil? ¿Qué seria de la familia una vez que se le arrancara de la proteccion y amparo de la religion para sujetarla en su organizacion, en todo lo que tiene de mas delicado, á las disputas, á los pareceres y opiniones que tanto se modifican y se suceden unas á otras ejerciendo una influencia decisiva en la marcha de la política y de la legislacion? ¿Podrá creer que halla ventaja en estas cosas quien se precie de sensato y entendido?

¿Qué nos resta contestar la segunda objecion de “El Calavera”: dice hablando de “La Religion y la Sociedad:” “Nuestro colega juzga que faltando la bendicion del sacerdote y las demas ceremonias religiosas, el matrimonio no puede ser duradero ni venturoso, porque faltarán el amor y la fidelidad á los casados, que solo obtienen con el matrimonio civil una union material, faltando la del corazon que solo se alcanza con las fórmulas católicas....” Escusado nos parece refutar tales ideas: el amor no necesita para ser puro que se le santifique con exterioridades, ya sean civiles ó ya religiosas; el amor subsistirá á pesar de las leyes y de los concilios en los pechos sensibles que sepan guardar la fé que una vez han jurado, ya sea en los altares, en el recinto de una oficina ó en la soledad de los campos. Por lo mismo, no consiste en que el matrimonio sea civil ó canónico que los que han de ser buenos casados, lo sean; así como, á pesar de todas las bendiciones sacerdotales y de todas las exhortaciones de la Iglesia, será mal matrimonio el de dos es-